

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ Y EL TRISTE ENTIERRO DEL EXILIO

Adolfo Sánchez Vázquez and the sad entombment of the exile

Juan José Téllez Rubio

Periodistay escritor (España)

A través de varias entrevistas periodísticas mantenidas con Adolfo Sánchez Vázquez entre 1989 y 2001, el autor reconstruye la percepción que del exilio mantuvo el filósofo andaluz, trasterrado desde su infancia en un largo periplo español que, tras la Guerra Civil, finalizará en México, a bordo del célebre buque Sinaia. Sánchez Vázquez, a través de su memoria oral, pasa revista a la percepción de inminente retorno que tenían los exiliados españoles, que aguardaban la caída inmediata de la dictadura de Franco. Aunque la república de Cárdenas les había abierto los brazos como tierra de acogida, ellos consideraban como un acto de desertión el simple hecho de enviar a sus hijos al colegio. A través del testimonio de Sánchez Vázquez asistimos a la transformación de su propia vida, a su mexicanización progresiva que, no esconde, sin embargo, un compromiso firme con su memoria española, especialmente con Madrid, Málaga y Algeciras, entre otros lugares de referencia. Al mismo tiempo, el que fuera catedrático de Estética en la UNAM, pasa revista a su propia obra y a los principales referentes filosóficos, literarios y políticos de su generación. Tampoco faltan comentarios sobre la evolución del pensamiento marxista, desde las interpretaciones de la socialdemocracia al presunto althusserismo del subcomandante Marcos.

Palabras clave

Exilio, Adolfo Sánchez Vázquez, Filosofía, Poesía, Periodismo

The author reconstructs the Adolfo Sánchez Vázquez perception of the exile, transterritorialized since childhood in a long journey from Spain after the Civil War that would finish in México aboard the famous ship Sinaia, through several journalistic interviews with the Andalusian philosopher between 1989 and 2001. Sánchez Vázquez, thanks to his oral memory, provides an overview of the Spanish exiles' perception of the imminent return, who waited the prompt fall of Franco's dictatorship. Even though the republic of Cárdenas embraced them as a welcoming land, they considered the mere fact of sending their children to school as an act of desertion. Through the testimony of Sánchez Vázquez, we can witness the transformation of his own life, his gradual mexicanization that did not hinder hence a firm commitment with his Spanish culture and memory, especially with Madrid, Málaga and Algeciras, among other places of reference. At the same time, by then the former Aesthetics professor of the UNAM reviewed his own work and the main philosophical, literary, and political referents of his time. It has also been many comments on the evolution of the Marxist ideology, from the interpretation of the Social democracy to the alleged althusserism of Subcommander Marcos.

Palabras clave

Exile, Adolfo Sánchez Vázquez, Philosophy, Poetry, Journalism

A finales de abril de 1990, en la plaza de la Constitución de Málaga, Adolfo Sánchez Vázquez era un setentón largo y recio que paseaba del brazo de Aurora, su esposa desde 1941, la hija del médico malagueño Enrique Rebolledo y su amor de por vida.

No son tantos los que se han integrado. Muchos por razones ya biológicas, diríamos de edad, ¿no? Usted piense en nosotros, en mi esposa y yo, en los que llegamos jóvenes al exilio, con veinte o veintidós años. Somos los que lo podemos contar hoy, cincuenta años más tarde. Pero los que llegaron ya con una obra hecha o con una profesión ya en marcha, con treinta, cuarenta o cincuenta años, ya no viven muchos o si viven son muy ancianos. Prácticamente, el exilio desapareció, no solo políticamente, sino físicamente. Ha pasado ya tanto tiempo y se han echado nuevas raíces, como yo he tratado de explicar en un texto mío que apareció en *Anthropos*, que se llama «Cuando el exilio permanece y dura». Tenemos hijos, tenemos nietos...

«Cuando el exilio permanece y dura»

En aquel artículo, publicado en el número 52 de la revista *Anthropos*, en un número aparecido en 1985 y dedicado en su totalidad a Adolfo Sánchez Vázquez, él enunciará una tesis que volverá a repetir de tarde en tarde, la del exilio como prisión y como desgarrar. Se trata de un texto titulado «Cuando el exilio permanece y dura (a manera de epílogo)», que reaparecerá más tarde en el libro colectivo *Exilio* (Ed. Tinta Libre, México, 1997), prologado por Gabriel García Márquez, con la versión siguiente:

Larga es la tradición del exilio en los pueblos de lengua española. Tan larga como sus luchas por un porvenir que todavía no se hace presente. Larga también su huella en sus mejores escritores, conciencia alerta de esos pueblos. Testimonio fresco de un exilio, aún fresco, son la mayoría de los cuentos de este libro. En ellos se reconocerán los exiliados de hoy que tejen y destejen en México o en París, en Caracas o Estocolmo, en Madrid o La Habana, sus sueños y sus esperanzas.

Quien dice exilio nombra con ello las manos amigas y generosas tendidas al exiliado, y maldice también las ásperas manos (venturosamente pocas) que lo rechazan.

Pero no siempre se alcanza a ver lo que el exilio representa en la vida de un hombre. Se habla de «exilios dorados». No serán ciertamente los de los hombres oscuros y sencillos que se vieron forzados a dejar su tierra por haber sido fieles a su pueblo. A ningún exiliado puede compensar —y es verdad que también hay compensaciones— lo que ha per-

dido al abandonar su suelo. Hablo del exilio verdadero, de aquel que un hombre no buscó pero se vio obligado a seguir (en rigor, no hay autoexilio) para no verse emparedado entre la prisión y la muerte.

¿Mal menor, acaso, ante estos dos terribles males? Pero el exilio sigue siendo una prisión, aunque tenga puertas y ventanas, y calles y caminos, si se piensa que el exiliado tiene siempre ante sí un alto, implacable y movedizo muro que no puede saltar. Es prisión y muerte, también muerte lenta que recuerda su presencia cada vez que se arranca la hoja del calendario en el que está inscrito el sueño de la vuelta y muerte agrandada y repetida un día y otro, porque el exiliado vive, en su mundo propio, la muerte de cada compatriota. Al aclararse las filas y estrecharse el círculo exiliado, cada quien ve estrecharse el círculo de su propia vida.

«Uno más que se queda, uno menos que vuelve», se dice a modo de adiós. Tristes son los entierros, pero ninguno como el del exiliado.

El exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y nunca se abre.

El exiliado vive siempre escindido: de los suyos, de su tierra, de su pasado. Y a hombros de una contradicción permanente: entre una aspiración a volver y la imposibilidad de realizarla.

Tiene por ello su vida un tinte trágico, lo que explica ese humor defensivo que se refleja en algunos de estos cuentos. Ciertamente, se puede volver —y muchos lo han hecho— sumándose a la lucha, desafiando la prisión y la muerte, para horadar el terrible muro que lo escinde. Solo así se puede poner fin al exilio cuando no han desaparecido las condiciones reales que lo mantienen.

Pero mientras se está fuera no se puede escapar a esa contradicción insoluble. El exiliado está siempre en el aire, sin poder asentarse aquí ni allá. «...Uno está acá, pero tampoco está...» (Miguel Donoso Pareja: *Tendría que estar aquí*).

Siempre en vilo, sin tocar tierra. El desterrado, al perder su tierra, se queda aterrado (en su sentido originario: sin tierra). El destierro no es un simple trasplante de un hombre de una tierra a otra, es no solo la pérdida de la tierra propia, sino con ello la pérdida de la tierra como raíz o centro. «Pierdes el centro, sabes, has dejado de tener un lugar donde afirmarte» (Poli Délano: *En la misma esquina del mundo*).

El desterrado no tiene tierra (raíz o centro). Está en vilo sin asentarse en ella. Cortadas sus raíces, no puede arraigarse aquí prendido del pasado, arrastrado por el futuro, no vive el presente. De ahí su idealización de lo perdido, la nostalgia que envuelve todo en una nueva luz (las calles sucias resplandecen, la fruta pequeña se agranda, las flores huelen mejor, las voces duras se suavizan y hasta las

piedras pierden sus aristas). Idealización y nostalgia, nutriendo la comparación constante. «Todo cobra nuevas dimensiones» (Poli Délano).

La idealización y la nostalgia, sin embargo, no se dan impunemente y cobran un pesado tributo que pocos exiliados dejan de pagar: la ceguera para lo que lo rodea. Sus ojos ven y no ven viendo esto, ven aquello mirando el presente, ven el pasado. Y lo que durante algún tiempo puede alimentar el fuego de la poesía (ha habido una excelente poesía del destierro) es fatal en política, pues no se hace política en el aire, sino con los pies bien afirmados en tierra. El político tiene que ajustar exactamente las manecillas de su reloj a la hora presente (la de aquí y la de allá) y por ello nada más ciego e ineficaz que los partidos del exilio con el reloj parado en una hora ya lejana.

Y cuanto más avanza el tiempo, cuanto más permanece y dura el exilio, tanto más crece la contradicción entre el ansia de volver y la imposibilidad de saciarla. Y sin embargo, no se puede vivir un día y otro, un año y otro, y en ocasiones un decenio y otro, en vilo, en el aire, sin tierra, sin raíz ni centro.

Pero el tiempo que mata también cura. Surgen nuevas raíces, raíces pequeñas y limitadas primero, que se van extendiendo después a lo largo de los hijos nacidos aquí, los nuevos amigos y compañeros, los nuevos amores, las penas y las alegrías recién estrenadas, los sueños más recientes y las nuevas esperanzas. Y, de este modo, el presente comienza a cobrar vida, en tanto que el pasado se aleja y el futuro pierde un tanto su rostro imperioso. Pero esto, lejos de suavizar la contradicción que desgarró al exiliado, la acrece más y más. Antes solo contaba lo perdido allá, ahora hay que contar con lo que se tiene aquí. Dramática tabla de contabilidades. ¿Acaso solo hay que contar con pérdidas?

Hasta que un día (el día es relativo: puede significar unos años o varias décadas) el exilio se acerca a su fin, desaparecen o comienzan a desaparecer las condiciones que lo engendraron.

Para muchos (en algunos casos para la mayoría) esto llega demasiado tarde. Pero para otros aún es tiempo de poner fin al exilio, porque objetivamente se puede volver.

Y es entonces cuando la contradicción, el desgarramiento que ha marcado su vida años y años, llega a su exasperación, tanto más cuando se repara en que son ya pocos los que pueden experimentarla, y, sobre todo, tanto más cuando hay que contar con lo que durante años no existía. En verdad, las raíces han crecido tanto, tanto las penas y las alegrías, tanto los sueños y las esperanzas, tanto el amor y el odio que ya no pueden ser arrancados de la tierra en que fueron sembrados.

Ya no es fácil arrancarlos. Y, sin embargo, el alto e implacable muro se ha derrumbado y todo parece

pende de una decisión propia. Se puede volver si se quiere. Pero ¿se puede querer?

¿Otro desgarrón? ¿Otra tierra? Porque aquella será propiamente otra y no la que fue objeto de nostalgia. ¿Nueva atracción por el pasado (otro pasado), nuevo arrancón del presente (otro presente)?

Y entonces el exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente y que, tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.

Puede volver, pero una nueva nostalgia y nueva idealización se adueñarán de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con el que soñó tantos años.

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre. Pero la contabilidad dramática que se ve obligado a llevar no tiene que operar forzosamente solo con unos números: podrá llevarla como suma de pérdidas, de desilusiones y desesperanzas, pero también –¿por qué no?– como suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel –aquí o allá– a aquello por lo que un día se vio arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar –acá o allá–, sino cómo se está.

Admiraba a José Gaos, pero discrepaba de algunos de sus criterios. Como el de que pudiera aplicarse al exilio español la palabra «transtierro»: «El exiliado se ha quedado sin tierra; sin su propia tierra, porque se vio forzado a abandonarla. Es un desterrado. Y lo es porque su exilio no es un trans-tierro o el trasplante de una tierra a otra, que vendría a ser simplemente la prolongación o el rescate de la que ha perdido. No es, por lo tanto, un trans-terrado».

España está en deuda con el exilio –terminó por escribir– no para exaltarlo, sino para contribuir a que las nuevas generaciones conozcan sus frutos y vean un patrimonio que hay que salvar del olvido. No se trata de mitificarlo ni de hurgar en el pasado para tratar de conformar con él nuestro presente. El exilio es un capítulo histórico, pero un capítulo cerrado.

Le planteé entonces, en aquel mediodía de Málaga, si contemplaba un mayor abismo en democracia, respecto a lo que quedaba del exilio cultural español, que el que existía durante la dictadura franquista, a través de puentes literarios de primer nivel que sorteaban la censura para mantener viva la memoria y la obra de la España trasterrada:

Yo creo que sí. Hay en España un cierto olvido o subestimación del exilio. Ahora se ha cumplido –se refería a 1989–, el año anterior, cincuenta años de

la llegada de los primeros exiliados a México. Con ese motivo, se ha hecho una revalorización, particularmente por parte de los mexicanos, respecto a lo que todo ello representó en el hecho cultural y que ha sido realmente mucho. Se puede decir que la mejor inteligencia de la universidad española fue al exilio. Hay once o trece rectores conocidos, entre ellos Gaos, Puche y otros, enterrados en México. En todas las profesiones ocurre algo parecido. En el campo del arte se exiliaron grandes pintores como Souto, Prieto o Baldasano. En el terreno de la literatura, Emilio Prados y también estuvo Luis Cernuda. En el campo de la filosofía, José Gaos, Xirau... En todos los terrenos ha habido una gran aportación que es reconocida en México. Los mexicanos reconocen que la inyección del exilio permitió un empuje bastante vigoroso a su cultura. También en el terreno de la industria, de la técnica, hubo aportaciones. Por las impresiones que yo tengo, pienso que aquí se ha intentado que el aniversario del exilio pase un poco inadvertido. Hombre, se comprende. La gente quisiera olvidar lo que ha pasado, pero, claro es, como la Guerra Civil es un capítulo de la historia, se puede olvidar para no seguir manteniendo su espíritu, pero no se puede olvidar, eso es obvio.

Un poeta en guerra

En la España republicana, tras colaborar en *Mundo Obrero*, pasó a dirigir la revista *Ahora*, en la asediada capital de la gloria:

Madrid, en la noche, era una ciudad fantasmal. El edificio del periódico –en el que yo permanecía desde el anochecer hasta las tres de la mañana– se encontraba en la vieja Cuesta de San Vicente, cerca de la zona de combate. Nuestro edificio quedaba en medio de las instalaciones artilleras republicanas y las del enemigo, razón por la cual tuve que acostumbrarme a escribir los artículos entre los duelos ensordecedores de los cañones de uno y otro signo.

Al poco, Sánchez Vázquez renunció a dicho cargo y reclamó su traslado a primera línea. En 1937 se incorporó en el frente del este a la 11 División, donde, a las órdenes de Santiago Álvarez, asumió las relaciones con la prensa. Permaneció en dicha tropa hasta la caída de Barcelona.

En un emotivo artículo publicado por *La Jornada*, su hijo Adolfo Sánchez Vázquez evoca una fotografía de su padre, tomada en 1937, durante la reunión de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) celebrada en Valencia ese año:

La obtuve por casualidad divagando en la red, justo en estos días que la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM celebra el centenario de su natalicio.

No la conocía. La imagen capta al joven Sánchez Vázquez sentado en las gradas de un auditorio al lado de Fernando Claudín, dirigente juvenil comunista. En la misma fila también figura Gonzalo, su hermano menor, militante como él. Puede ser que esa fotografía registre el último encuentro personal entre ellos, antes de que la guerra y la derrota los llevaran a una dolorosa, larga y forzada separación. Para la familia, la instantánea tiene, como es natural, un valor inapreciable.

Sánchez Vázquez acababa de ser designado director de *Ahora*, el órgano central de la Juventud Comunista, en sustitución del mismo Claudín, que se reincorporaba a la comisión ejecutiva en Valencia, donde ya se encontraba el gobierno republicano. En cierta forma, el nombramiento era un reconocimiento a su temprana vocación política y literaria, a la voluntad de resistir en su Málaga natal el genocidio fascista materializado durante el bombardeo por cielo y mar que diezmó a las personas indefensas que huían a pie hacia Almería. El paso por *Ahora* le daría al poeta Sánchez Vázquez, amigo de Emilio Prados y admirador de Antonio Machado, una nueva manera de entender y vivir el nexo entre cultura y militancia y, aunque no salió indemne de algunos contratiempos, la experiencia fortaleció su carácter para cumplir después con las responsabilidades en el frente.

En plena contienda civil, Sánchez Vázquez asistió a la celebración en Madrid de la segunda parte del Congreso Internacional de Escritores, que ya había efectuado la primera etapa en Valencia: «Fui invitado a asistir al congreso en mi calidad de director del periódico *Ahora* y esto dio ocasión a un joven como yo de veintiuno de saludar personalmente a un gran número de los delegados y de conversar sobre todo con los latinoamericanos, además de hacerlo largamente con los españoles, como Bergamín, Corpus Barga, Rafael Alberti y muchos otros», escribe en los cuadernos personales desvelados por su hijo Adolfo.

A Madrid llegaron, e intervinieron con sus palabras entusiastas, escritores como Tristán Tzara, que con su dadaísmo había abierto un parteaguas en la literatura universal. Asistió también André Malraux, cuya novela *La condición humana* tanto me había impresionado, y con ellos otros tantos escritores famosos europeos. También acudieron al congreso escritores latinoamericanos, entre los que se contaba el peruano César Vallejo. Y llegó también una delegación mexicana de la que formaban parte Octavio Paz, Carlos Pellicer, Juan de la Cabada y José Mancisidor.

Entre la pluma y la espada, Sánchez Vázquez llevó a algunos de ellos a conocer las trincheras: «Mi convivencia con los delegados extranjeros no solo fue en el hotel en que se hospedaban y donde tu-

vieron ocasión de experimentar lo que era un bombardeo aéreo. A un grupo de ellos los acompañé a visitar el frente, al que se podía llegar en tranvía, y les facilité su conversación con los soldados, que yo traducía del francés. Y así pudieron darse cuenta in situ del espíritu combativo de ellos, gracias al cual habían salvado a Madrid, y de su disposición a seguir en la lucha hasta que el enemigo hubiera sido derrotado».

De aquel encuentro –reseña su hijo–, Sánchez Vázquez conservó un registro excepcional que guardó con celo y orgullo a través del tiempo, cruzando las fronteras y el océano. Se trata, en sus palabras, de un cuaderno que contiene saludos a la juventud española de escritores de diversos países. Son frases espontáneas dichas al calor de los acontecimientos, un auténtico cuaderno del tiempo, de la memoria. Entre las firmas destacan los autógrafos de André Malraux, Ilia Ehreburg, Stephen Spender y M. Koltsov (el gran periodista soviético del que en España se decía que era los ojos de Stalin, pero como tantos otros fue fusilado a su regreso a Moscú), pero hay también mensajes de algunos menos conocidos, como el chino Seu Ring Hai; o testimonios escritos en los idiomas de los autores, como ocurre con los alemanes Maria Osten y Erich Weinert, el danés Martin Andersen Nexö, los holandeses J. Brouwer y Jef Last, el belga Denis Marion, el noruego Nordalh Grieg y el suizo Charles F. Vaucher.

En ese mosaico multinacional hallamos a los latinoamericanos Pablo Rojas Paz, Cayetano Córdova Iturburu, Raúl González Tuñón, Vicente Sáenz, así como los españoles José Herrera Petere, Plá y Beltrán, y Eugenio Imaz, a los cubanos Félix Pita Rodríguez y otros. Conmoveror entre ellos resulta por su fuerza evocadora el texto del gran poeta César Vallejo, quien confiesa: “El día de mayor exaltación humana que registrará mi vida será el día en que he visto Madrid en armas, defendiendo las libertades del mundo”. Vicente Huidobro, breve, anota: “La juventud de España ha rejuvenecido al mundo”. El mismo día 8 de julio de 1937 el gran escritor cubano Alejo Carpentier exclama: “¡Vivan las juventudes españolas, que ofrecen al mundo, actualmente, el más hermoso espectáculo de dignidad y fuerza, de abnegación y heroísmo!”. El también cubano Juan Marinello reflexiona: “La visita a Madrid convence de dos hechos importantísimos: el horror del crimen fascista y la heroicidad sin límite del pueblo español. Ojalá todos los asistentes a este congreso lleven a sus puertos la visión justa de este crimen y de este heroísmo”. Es la hora de la fraternidad y todos cierran filas en defensa de España, amenazada por el fascismo. El muy joven Octavio Paz, acompañado de Elena Garro, escribe un saludo franco y comprometido. Dice: “Para los camaradas de la JSU de Madrid: Como miembro de la JSU de México y como artista, y fundamentalmente como hombre convencido de que el fascismo es el enemigo del género humano, digo a ustedes que no solo admi-

ro la extraordinaria fuerza de su actitud, sino que, como todos los jóvenes progresistas mexicanos, me solidarizo con su lucha, con la lucha de la juventud española, vanguardia del mundo’. Madrid, 8 de julio de 1937.

Cuanto más avanza el tiempo, cuanto más permanece y dura el exilio, tanto más crece la contradicción entre el ansia de volver y la imposibilidad de saciarla

Exilio y esquizofrenia

A 9 de febrero de 1939 cruzó la frontera francesa, viajó a Perpignan y, luego, a París, donde se alojaría en el albergue de la Asociación de Escritores Franceses en Roissy-en-Brie. Cuando la amenaza nazi se hacía cada vez más patente, reemprendió el camino del sur hasta Sète, junto al cementerio marino de Paul Valery. Desde allí, a bordo del legendario barco Sinaia, rumbo al México de Lázaro Cárdenas. El barco llegó a Veracruz el 13 de junio de 1939, tras un periplo de quince días: «Desembarcamos entre aplausos y vítores –narraba Adolfo–. Al hacerlo, estrenábamos una nueva e incierta vida: la del exilio». Atrás no solo dejó su memoria, sino a su padre, el viejo oficial de carabineros que terminaría siendo encarcelado en Cádiz por su lealtad a la República. También quedaron sus hermanos Ángela y Gonzalo. Con todos ellos se reencontraría casi veinte años más tarde, en 1957, durante un viaje a Francia. «Fue un encuentro triste y emocionante –describió luego–. Mi padre, consumido física y mentalmente, acusaba claramente los largos años de reclusión y de trato humillante en el presidio militar de Santa Catalina en Cádiz. Nos despedimos tras dos días de convivencia; al alejarse en el andén la figura de mi padre –desde el tren en marcha–, estaba yo seguro de que se alejaba para siempre. Murió algunos años después y ocho antes de que yo pisara de nuevo tierra de España».

Hubo, sin embargo, algunos creadores españoles que no terminaron de asentarse en México, a pesar de residir allí durante un cierto tiempo. Son los casos de María Zambrano, Manuel Altolaguirre o muy particularmente Luis Cernuda. Le confió: «Hay que

partir del reconocimiento de la condición misma del exiliado. Lo que yo trato de explicar en ese texto. El exiliado siempre es una especie de esquizofrénico, que está partido en dos. Por un lado, tiene la mirada puesta en el país del que procede y, por otro lado, su vida diaria, cotidiana, sus intereses, están en el país que pisa. Ese dualismo nunca desaparece. Sobre todo en los primeros años, eso es obvio».

Durante los primeros años, todos estábamos con la ilusión de volver, pensando que la vuelta estaba próxima. Eso duró incluso diez o quince años. Es más, puedo contar anécdotas de ese periodo. Los primeros años, cuando un exiliado se compraba no ya un bien caro, sino un coche, o por el simple hecho de mandar a sus hijos a la universidad, se interpretaba como una especie de deserción; se consideraba que había perdido de vista sus ideales, que ya no quería volver. O sea, que la gente tenía puesta toda la mirada en su país. Luego, el tiempo va pasando, se van creando intereses, surgen los hijos. Uno se vincula profesionalmente con el trabajo al país donde vive y ya en cierto modo se va uno integrando. Creo que ha habido una integración pero que ha sido, por motivos lógicos, un tanto tardía. Los exiliados, hoy, se consideran ya mexicanos, sin perder de vista los vínculos o las razones por las que llegaron al exilio. Pero en cierto modo uno nunca deja de ser exiliado, porque se mantiene esta dualidad.

Quizá él empezó a rendirse cuando decidió publicar una revista en México, repitiendo un esquema que ya había desarrollado en España. Se tituló *Romance* y en la misma participaron, entre otros, Juan Rejano, Lorenzo Varela, Antonio Sánchez Barbudo, José Herrera Petere y Miguel Prieto. También formó en las filas de *Taller*, la publicación que auspiciara Octavio Paz.

Yo, por ejemplo, llegué a México siendo estudiante. Yo no pude haber terminado la carrera en España. Allí hice mis estudios de Filosofía. Yo había hecho en Málaga el bachillerato. De Málaga, pasé a Madrid, donde hice el primer año de estudios de la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Central, con Gaos, con Ortega, con Zubiri, con García Morente, pero, claro, era un año de estudios. Yo era un estudiante, no tenía otra cosa que ofrecer. Entonces, en México, salí adelante con mucha dificultad porque allá pronto me casé, pronto llegaron los hijos y tuve que hacer ya los estudios en estas condiciones, haciendo cuarenta trabajos de distinto tipo, trabajos diferentes, incluyendo traducciones. Allí me inicié también como profesor.

En 1941 se asentó en Morelia para impartir clases de Filosofía en el colegio de San Nicolás de Hidalgo. Permaneció allí tres años. Allí contrajo matrimonio y nació su hijo mayor, Adolfo, recientemente fallecido,

un reconocido activista de la izquierda mexicana. Renunció a su empleo por un conflicto de corte universitario que le llevó al paro y al DF, donde nacieron sus otros dos hijos, Juan Enrique, que ejerce como matemático, y María Aurora, profesora del Centro de Estudios Literarios de la UNAM y albacea de la memoria de su padre. En esta universidad, sorteó las estrecheces con las traducciones, la dirección de la casa de los Niños de Morelia y otros oficios tan curiosos como escribir novelas a partir de guiones de películas de éxito o dar clases de español en la embajada soviética. Fue a finales de los años cuarenta cuando decidió completar sus estudios universitarios, alcanzando la maestría en Letras Españolas entre 1943 y 1946, con Julio Torri, Francisco Monterde y Julio Jiménez Rueda, aunque por motivos laborales no llegó a terminar su tesis, titulada «El sentido del tiempo en la poesía de Antonio Machado». Luego, estudió la maestría en Filosofía entre 1950 y 1952, en un ambiente que oscilaba entre el tomismo, el positivismo de Zea y los neokantianos como Gaos, García Bacca y Xirau, aunque pronto emergió el Grupo Hiperión, que trajo del brazo al existencialismo francés, con referentes como Emilio Uranga, Jorge Portilla y Luis Villoro. El marxismo apenas estaba presente en aquel ámbito universitario, si se exceptúa la presencia de algún que otro profesor como Eli de Gortari, que impartía Filosofía de Lógica Dialéctica, asignatura de la que Sánchez Vázquez fue ayudante desde 1952. Completó su formación con seminarios como el que dirigieran Fernando Salmerón y Alejandro Rossi sobre la lógica de Hegel. En 1955 obtuvo por fin la maestría en Filosofía con la tesis *Conciencia y realidad en la obra de arte*, dirigida por su admirado José Gaos.

Ética y estética

La cátedra de Estética la asumí aproximadamente en el año 54 o 55. Primero fui lo que se dice profesor de asignaturas por horas. Al cabo de cinco o seis años, profesor de tiempo completo o, como le llaman aquí, de dedicación exclusiva. Me he dedicado sobre todo a mi cátedra de Estética, también al curso de Filosofía Política, particularmente cuando hablar de Marx no era tan habitual como fue después. Dicté clases sobre el pensamiento de Marx, que conservo en la actualidad. Los profesores de tiempo completo, como los llamamos allí, tenemos una gran libertad para los cursos que vamos a dar. Nosotros decidimos prácticamente los cursos que vamos a impartir y que están relacionados con temas o con algún libro o investigación que estemos realizando. Ahora, de nuevo, he vuelto a la estética. Ahora voy a entregar, justamente, a Grijalbo, un libro titulado *Invitación a la estética*, el primero de tres volúmenes que resume en forma sistemática

mi aportación más o menos valiosa en este campo.

El marxismo, le observé entonces, siempre se debatió entre la estética de vanguardia y el llamado realismo socialista, una hipótesis que él desbarató con su célebre tesis doctoral de 1966, *Sobre la praxis*, dirigida por Gaos y aclamada por un tribunal en el que figuraron Roces, Villoro, De Gortari y Guerra. De ese trabajo parte uno de sus libros de referencia, *Filosofía de la praxis*, publicado inicialmente en 1967, pero ampliado en la edición de 1980:

Mi contribución, en la medida en que pueda hablarse así, desde el punto de vista marxista, fue la ruptura. La ruptura con eso que era la doctrina extendida y reconocida, esto es, con toda la teoría y la praxis del realismo socialista. Esto ya desde los años sesenta. Hasta entonces, el realismo socialista era la doctrina aceptada como la única estética marxista posible. En 1965 publiqué *Las ideas estéticas de Marx*, que rompía con esa concepción institucional de la estética marxista. Poco después, en el año 67, publiqué mi *Filosofía de la praxis*, que marcaba ya la ruptura no solamente con una estética oficial marxista o pseudomarxista, sino con la filosofía oficial dominante, diamat o materialismo dialéctico, la filosofía de la praxis. Pienso que en la concepción que yo mantenía desde entonces y que he mantenido ahora hay una interpretación de la estética que se apoya en una serie de tesis fundamentales del marxismo pero que, lejos de estar en contradicción con la estética oficial del realismo socialista, se complementa con una práctica innovadora, de vanguardia. La concepción del arte que yo propugnaba, esto es, el arte como una forma de trabajo o de praxis creadora, permitía su desarrollo en cualquier dirección. En Marx, no puede haber arte si no hay creatividad. Si no hay praxis creadora, no hay arte. Esta praxis creadora puede manifestarse en el terreno del realismo, como se ha manifestado durante siglos, o en el terreno del arte abstracto, de un arte no figurativo o de un arte, diríamos, de vanguardia, pues su nota distintiva sería justamente la capacidad de innovación o de creación.

En todo ese debate, que arranca en gran medida con la revolución soviética de 1917, los años treinta del siglo XX fueron especialmente tensos en las discusiones sobre dichas posturas, entonces enfrentadas. El suicidio de Vladimir Mayakovski siempre se interpretó como un alegato estético o político. Sánchez Vázquez aceptaba dicha premisa:

No solo estético, sino político o ideológico. En primer lugar, el tipo de poesía innovadora que estaba realizando Mayakovski se relacionaba con la estética a la que respondía el arte soviético de los primeros años veinte. Como todo el mundo sabe, toda la vanguardia prácticamente empieza a germinar en la Unión Soviética. Allí están Chagall, Kandinsky, los constructivistas, en el campo de las artes plásticas. Allí está toda la gran arquitectura de vanguardia. Y

allí está toda la innovación en el terreno de la poesía. A Mayakovski hay que situarlo dentro de esa innovación radical que representó el arte soviético. Había la pretensión en los artistas de la época de hacer un arte revolucionario, pero no en el sentido limitado de la palabra «revolucionario» en cuanto a la temática o el contenido, sino que se pretendía alentar la revolución en el lenguaje artístico, en el lenguaje plástico, en el lenguaje poético. El realismo socialista, como teoría y como práctica, viene a terminar con eso. Entonces, es obvio que Mayakovski se encontraba en una situación de aislamiento, de contradicción con respecto a la estética oficial dominante. Pienso que el suicidio de Mayakovski tiene que ver con esta contradicción y con su oposición respecto a lo que estaba germinando. Eso se expresa, sobre todo, en su aportación en el terreno de la dramaturgia. Sus obras dramáticas, como *La chinche* o *El baño*, eran una sátira de lo que comenzaba ya a levantar cabeza en la Unión Soviética.

La escenografía de *La chinche* fue realizada por su paisano Ramón Puyol, el célebre pintor algecireño que destacó como cartelista durante la Guerra Civil y que sufrió posteriormente una larga prisión y cuatro simulacros de fusilamiento a manos de los rebeldes fascistas: «Sí, yo vi aquella versión de *La chinche*, precisamente en Madrid», me precisó Sánchez Vázquez.

Guillermo Cabrera Infante y otros escritores apuntaron a una curiosa división en el mundo de entreguerras, a partir de la eclosión de los totalitarismos antes y después del crack del 29. A su juicio, los escritores anglosajones se acercaron a la estética del fascio mientras que los latinos coquetearon con el estalinismo:

César Vallejo era militante del Partido Comunista del Perú, como usted sabe. Yo lo conocí aquí en España, en el Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en 1937. Alberti también. O incluso el mismo Neruda, cuya obra no tiene nada que ver con la estética oficial del realismo socialista, independientemente de que entre las cosas que resultan difíciles de olvidar de Neruda estén sus cantos a Stalingrado y todo eso. Pero lo más significativo de Neruda tiene que ver poco con la estética del realismo socialista. Aunque, claro, los ideólogos del realismo socialista, cuando trataron de ejemplificar su movimiento con nombres de supuestos creadores afines, daban los de Neruda, Alberti o Vallejo. O, en el terreno de la pintura, daban el nombre de los muralistas mexicanos, que tampoco tienen nada que ver con el realismo socialista, muy especialmente los casos de Rivera o de Xiqueiro.

De una estética propiamente dicha del realismo socialista, no encontramos ejemplos ilustrativos en lengua española, que yo recuerde. Yo recuerdo al Alberti de la revista *Octubre*, donde publiqué mi primer poema con seudónimo. Era un romance sobre la ley de fugas que aparece en el número 3 o 4 de la revista.

Los poemas de Sánchez Vázquez

Corría el año 1933. Tras sus primeros escauceos literarios –así los llamaba– con Emilio Prados en su Málaga juvenil, Sánchez Vázquez entrega aquel romance a Rafael Alberti, empeñado en conjugar el más alto nivel de poesía y revolución. El primer libro de poemas de Sánchez Vázquez, *El pulso ardiendo*, urdido en su juventud, fue editado finalmente en el destierro:

No se publicó en España, sino en Morelia, en México. La primera edición data de 1942. Estos poemas son de unos años antes de la guerra. Resulta que este libro, cuando salí de España, lo di por perdido porque no me preocupé de buscar los originales. Lo iba a publicar en Madrid Manuel Altolaguirre, en aquellas ediciones que hacía él de poesía, con aquella belleza tipográfica que siempre tuvo. Cuando llegué a México, con gran sorpresa mía, resultó que él se había llevado el original. Luego, se ha reeditado en España, en Madrid, en ediciones Molino, hace unos años, una edición limitada, con prólogo de Aurora de Albornoz.

Participó, a su vez, en la fundación de la Unión de Intelectuales Españoles en México, que se aprestó a denunciar, a través de un boletín, «la situación de la cultura española bajo el franquismo» en el que los asociados también expresaban su «solidaridad con los intelectuales perseguidos y con los que en las condiciones más difíciles proseguían dignamente su labor». Ya corrían los años cincuenta del siglo XX y la posguerra mundial no había hecho caer al dictador Francisco Franco.

Sánchez Vázquez tardó en regresar a su país, bajo una prolongada dictadura:

Naturalmente, la primera vez que yo volví a España fue una visita rápida y prácticamente sin contacto con nadie, porque vine por un motivo familiar, por una tragedia que ocurrió en la familia de mi hermano. Eso fue en el año de 1972. Prácticamente conocí entonces a muy poca gente. Entre quienes tuve ocasión de tratar estaba ese filósofo que sigue siendo buen amigo mío y al que admiro mucho, Javier Muguerza, y también a Javier Pradera. Eso era en pleno franquismo. Cuando volví en el año 75, ya bien, con más calma, me encontré con una España completamente distinta, no solo por razones políticas o ideológicas, sino una España que en el terreno ideológico se había modernizado, se había desarrollado, pero todavía arrastraba las huellas de los cuarenta años de franquismo. De todas maneras, también fue una emoción muy fuerte, porque yo vine a España prácticamente después de treinta y ocho años de ausencia. Ya mi padre había fallecido. Mi madre vivía todavía aquí en Málaga, pero fue una impresión muy fuerte el regreso. Y sobre todo la llegada a Málaga, donde yo había pasado

mi juventud, y a Madrid, donde yo había tenido una actividad política juvenil y estudiantil en la universidad.

Tras la muerte del dictador Francisco Franco, Sánchez Vázquez recibió un primer homenaje en Madrid, en 1976. Once años más tarde, fue nombrado doctor honoris causa por la Universidad de Cádiz y recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio en 1988. En 1984 recibe el nombramiento de doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Puebla, pero los reconocimientos también fueron llegando paulatinamente desde este lado del Atlántico. Así, recibe la Medalla del Ateneo de Málaga en 1992 o la de la Diputación de Cádiz. En 1993 fue nombrado doctor honoris causa por la UNED y en el 2000 recibió el doctorado honoris causa por la Complutense. También le fue concedido el Premio María Zambrano de Humanidades, que otorgaba la Junta de Andalucía.

Desde aquel accidentado viaje de 1975, malparado por los fusilamientos de octubre, Sánchez Vázquez acostumbró a retornar desde entonces, de tarde en tarde. En 1990 le pregunté si notaba alguna diferencia entre sus primeros retornos y la realidad entonces, la del país del PSOE de Felipe González, que había entrado en la Comunidad Europea, en la OTAN y que preparaba la Expo del 92 y la Olimpiada de Barcelona: «Sí, se notan los cambios –me reconoció–, un desarrollo evidente, económico, de una elevación del nivel medio. Cuando vine los primeros años, se podían ver en Madrid bastantes mendigos en las calles. Se nota el contraste con los países de América Latina, con los países de donde vengo. Allí hay un nivel de miseria, de pobreza, bastante grande».

También entonces se presumía, quizá de una manera equivocada, de que los niveles de corrupción eran mayores al otro lado del Atlántico. A Sánchez Vázquez no se le escapaba que dicha percepción podría ser aventurada: «También, es cierto; aunque aquí empieza de nuevo a desarrollarse la corrupción, al parecer». Muy cerca de Málaga, por aquel entonces, acampaba ya la *beautiful people* de los pelotazos socialdemócratas.

Noto diferencias en otros aspectos –proseguía Sánchez Vázquez–. Allí, en los medios universitarios, juveniles, me da la impresión de que hay un nivel más alto de politización, de inquietud, que entre la juventud española. Cuando yo doy una conferencia en la Universidad de México, es fácil reunir a trescientos o cuatrocientos estudiantes. La conferencia va seguida de un nivel de discusión, de preguntas y de polémica, que a veces dura una hora o dos. En ese aspecto, el ambiente es muy acogedor. Aunque, claro, existen diferencias por diversas razones. Entiendo que hay un proceso de

derechización general en el mundo. Quizás más acusado en Europa que en América Latina. Hasta el punto de que lo que está ocurriendo en los países del Este está siendo un factor muy influyente en este terreno.

En ese aspecto, un año antes había caído el Muro de Berlín y el desplome de la Unión Soviética no se hizo esperar. A este lado del mundo faltaba una clara conciencia social y la única utopía parecía ser la del dinero fácil:

Mantuvimos hace poco una mesa redonda en la televisión sobre esta cuestión. La conclusión que mantengo es que, desde luego, hay que reconocer que existe un fracaso histórico del llamado socialismo real. Eso es evidente. Un fracaso, empezando por la Unión Soviética. El socialismo real ha sido un desastre desde el punto de vista histórico. El fracaso del socialismo real es tan grande que ha quemado incluso la alternativa de otro modelo de socialismo, por ahora. Es decir, las reformas del socialismo real han llegado tan tardíamente que incluso lo que se dio en llamar un socialismo de rostro humano, en la Checoslovaquia del año 68, ni siquiera se plantea esto. El fracaso es tan grande que incluso el proceso de reacción frente al socialismo real es tan amplio y tan profundo que ni siquiera la alternativa socialdemócrata es una alternativa de izquierdas en estos países.

Tras la caída del Muro

Su ensayo sobre los *Manuscritos del 44* de Marx tuvo especial impacto en Cuba, una isla donde llegó a conocer a Ernesto Che Guevara y con la que mantendría estrechos lazos durante toda su vida, a pesar de su crítica hacia determinados aspectos de la revolución:

Cuba es un caso especial, porque, claro, hay dos componentes que no se pueden disociar. El componente nacional o liberador, en el sentido anti-imperialista, por una parte. La revolución cubana, desde que nació, está bloqueada por el imperialismo. Mientras haya ese bloqueo o esa presión es muy difícil que haya una reforma o una apertura. Ese es el problema. No se puede abrir como se ha abierto la sociedad del Este porque eso significaría la penetración inmediata de todo lo que llaman ellos la gusanera, toda la contrarrevolución que está en Miami. Pienso que tienen que hacer un esfuerzo por realizar reformas, en un sentido democrático, sin que esta democratización implique, naturalmente, el retorno de toda esa bazofia y toda esa morralla contrarrevolucionaria. Y creo que la sociedad cubana lo está pidiendo en el marco del socialismo. Porque si no, puede ocurrir lo que ha ocurrido en estos países del Este.

O en la Nicaragua de entonces, le apunté, en la que la revolución sandinista había entrado en deriva, con una importante fragmentación de su propio Frente y del país entero:

En Checoslovaquia –añadió él– tuvimos la posibilidad de una alternativa que fue aniquilada por la invasión soviética. Cuando han pasado veinte años, esta alternativa se ha quemado también como reacción a todo esto. Tenga usted en cuenta que, a excepción de Yugoslavia o de la Unión Soviética, todos esos países son supuestamente socialistas que no son resultado de una revolución interior, sino exportada. Lógicamente, ha tenido la resistencia dentro de la propia sociedad.

Por aquel entonces empezaba a emerger la ultraderecha en Europa, a partir de los procesos electorales democráticos. En cierta medida, como ocurriese tras el crack del 29, un segmento de lo que entonces todavía se llamaba lumpen proletariado parecía identificarse con el neofascismo, una tendencia que iría al alza, bajo otras denominaciones, en las décadas siguientes. La nueva Europa que venía del frío parecía, por otra parte, seducida por el neoliberalismo.

Hay un cierto espejismo con lo que representa el capitalismo europeo –afirmaba Sánchez Vázquez–. Esta gente va a vivir un poco la experiencia del capitalismo en su propia carne, para que se dé cuenta de lo que es el desempleo, la inseguridad social, una serie de conquistas que ya tenían, aunque eran limitadas, pero que ya existían en dichos países. Pienso que el socialismo como alternativa sigue estando vigente y actual, porque el capitalismo no va a resolver ninguno de los problemas que no ha resuelto el socialismo real. Por el contrario, los puede agravar. Pero creo que en un futuro inmediato el porvenir es un poco difícil.

La caída del bloque socialista también supuso una profunda crisis en el llamado eurocomunismo. Dicho fenómeno se había dejado sentir en el PCE a partir de la llamada transición democrática española, pero iba a acentuarse en la década siguiente en las filas del PCI de Achille Occhetto.

Lo que está ocurriendo en el PCI –reflexionaba entonces Sánchez Vázquez– hay que verlo un poco en el marco de la realidad italiana. Representan un intento de deslindarse totalmente de un pasado que, independientemente del grado de culpabilidad que pueda tener el partido actual, es difícil disociarlo. De este fracaso del socialismo real es difícil disociar a los partidos comunistas. Porque, claro, el modelo de partido, el modelo de sociedad, el modelo de estrategia han sido compartidos durante muchos años por los partidos comunistas tradicionales. Ahora, hay que deslindarse lo más

posible de ese pasado. Ese distanciamiento puede llevar incluso a la desaparición. En México, el Partido Comunista se fusionó con el Partido de la Revolución Democrática.

La socialdemocracia también estaba entrando entonces en una crisis que habría de tomar cuerpo definitivo muchos años después, cruzado sobradamente el umbral del siglo XXI y bajo los efectos de una nueva crisis mundial no solo económica, sino de valores. En 1990, el PSOE ensayaba en España el llamado Programa 2000, entre cuyos impulsores se encontraban algunos viejos compañeros de viaje de Sánchez Vázquez, como era el caso de Ramón Vargas Machuca:

El Programa 2000 es la alternativa socialdemócrata, en el fondo, aplicada a la realidad española, el intento de avanzar hacia un socialismo posible que está por ver sin romper estructuralmente con el capitalismo, lo cual se me hace difícil de concebir. Yo pienso que si no hay una propiedad social dominante sobre los medios de producción, no puede hablarse de socialismo. Como no puede hablarse de socialismo si no hay un Estado bajo el control democrático de la sociedad. Pero si el problema de las relaciones de propiedad pasa a segundo plano, no veo cómo se puede llegar a una nueva sociedad. Se puede hacer un capitalismo más civilizado, pero no dejará de ser capitalismo. Incluso admitiendo que se hayan alcanzado algunos logros importantes –cuando se han alcanzado, porque no ha ocurrido en todos los países–, por ejemplo, en el modelo sueco, la barrera estructural no se ha cruzado. El socialismo real logró romper la barrera del capitalismo, destruyó el capitalismo pero no logró construir el socialismo. La socialdemocracia ha alcanzado, cuando lo ha hecho, una serie de prestaciones, de logros importantes, en el campo del capitalismo, pero no ha saltado la barrera del capitalismo. Entonces, la pelota sigue en el tejado. ¿Cómo construir una sociedad nueva pero partiendo como condición necesaria de una superación, de una trascendencia de la barrera estructural capitalista?

A esas alturas, la noción que guardaba entonces de su patria chica era difusa. A Algeciras había vuelto en 1979 y, de hecho, se acercó a conocer a Francisco Esteban, el primer alcalde democrático de dicha ciudad, en las filas del Partido Comunista de España. Adolfo Sánchez Vázquez nace en Algeciras el 17 de septiembre de 1915. Hijo de un teniente del Cuerpo de Carabineros, se traslada inicialmente con su familia a El Escorial y, desde allí, en 1925, fija su residencia en Málaga, donde inicia sus estudios de bachillerato:

Yo de Algeciras salí muy pequeño. De mi infancia, prácticamente, no tengo recuerdos. Mi padre era

teniente de carabineros. En aquella época, se decía de forma un poco bulona que la población de Algeciras se dividía en dos, unos contrabandistas, otros carabineros. A mí me tocó nacer en la parte que perseguía. Prácticamente, no tengo contacto. Salí de Algeciras a una edad que es difícil tener recuerdos. Después, fuimos a vivir a El Escorial, cerca de Madrid. Después, ya a los diez o doce años, llegué a Málaga, donde me formé hasta que comenzó la Guerra Civil. A Algeciras volví en el año 31, teniendo quince o dieciséis años. Allí, bajo la influencia de mi tío Alfredo Vázquez, que después murió fusilado por el franquismo, pues es que yo recibí, digamos, la primera influencia de carácter ideológico. Un poco confusa como era la personalidad de mi tío, entre libertario y marxista. Pero ahí tuve mis primeros contactos ideológicos con una ideología de tipo revolucionario. De Algeciras, entre mis amigos de antes de la guerra, estaba José Luis Cano, con el que tuve contactos. Trabajamos juntos en el periódico *Línea*, que hacían las organizaciones más de izquierdas y revolucionarias en Madrid. Conocí también a Ramón Puyol cuando era diseñador de portadas de la famosa editorial Zenith. Fue un cartelista conocido. En realidad, mis recuerdos son pequeños.

Cano y Sánchez Vázquez también compartieron filas en la revista *Sur*, en la que aparecerían las firmas de Manuel Altoaguirre, Jean Cassou, Emilio Prados, Serrano Plaja, María Teresa León y Ángel Augie, entre otros:

Creo que, por cierto, de ahí tomaron el nombre y el diseño de la mancheta del diario de Málaga. La hice con el hermano de mi esposa, Enrique Rebolledo. Dos números. Uno salió a finales del 35 y otro a comienzos del 36. Incluimos colaboraciones de José Luis Cano, un poema de Alberti que nunca he tenido curiosidad por ver si está recogido en su obra completa. También, traducciones de Louis Aragon. Entonces, en Málaga, había una vida cultural muy intensa. En esta misma casa –el inmueble que hoy ocupa la Sociedad de Amigos del País– tuve ocasión de escuchar a los intelectuales más importantes de la época, Ortega y Gasset, García Morente, Unamuno, que yo recuerde. Y asistí a exposiciones de grandes pintores de la época.

En 1979 tuve ocasión de hablar con el alcalde comunista de Algeciras. También pude un poco conocer la ciudad, o reconstruirla mentalmente. Estuve en la calle, en la casa donde nací, en la casa de las columnas. Olvidé el nombre –le aclaré que era la calle Ríos–. Con motivo del doctorado honoris causa por la Universidad de Cádiz, estuvo un teniente de alcalde de Algeciras en el acto. He recibido con agrado el número de la revista *Almoraima*, del Instituto de Estudios Campogibaltareños, donde se publica una semblanza mía que ha hecho Ramón Vargas Machuca.

En aquella época, en La Línea, vivía todavía una prima suya, hija de un hermano de su madre, Herminia Vázquez. Sus recuerdos familiares eran vagos. Pero su escepticismo era sólido: «Ya el intelectual no inquieta. Pesaba mucho el intelectual en la vida política de entonces. Tanto es así que muchos ministros de la República pues eran intelectuales, como Fernando de los Ríos. Ahora, a los intelectuales, en lugar de respetárseles, se les subvenciona».

A España regresaba a ráfagas, pero nunca volvió del todo. Su exilio se perpetuó como una consecuencia vital, pero también como un gesto de coherencia: «El exiliado –escribiría y repetiría en algunos de nuestros encuentros– descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente y que, tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado».

Iba a ser el último exiliado. Dicha determinación ya aparece clara en otro texto suyo, *Fin del exilio y exilio sin fin*, publicado en 1977:

El exiliado está siempre en el aire, sin poder asentarse aquí ni allá. Siempre en vilo, sin tocar tierra. El desterrado, al perder su tierra, se queda aterrado (en su sentido originario: sin tierra). El desterrado no tiene tierra (raíz o centro). Cortadas sus raíces, no puede arraigarse aquí; prendido del pasado, arrastrado por el futuro, no vive el presente. De ahí su idealización de lo perdido, la nostalgia que envuelve todo en una nueva luz (las calles sucias resplandecen; la fruta pequeña se agranda; las flores huelen mejor; las voces duras se suavizan, y hasta las piedras pierden sus aristas).

El exilio es prisión y muerte; muerte lenta que recuerda su presencia cada vez que se arranca la hoja del calendario en el que está inscrito el sueño de la vuelta; y muerte agrandada y repetida un día y otro, porque el exiliado vive la muerte de cada compatriota. Al aclararse las filas y estrecharse el círculo exiliado, cada quien ve estrecharse el círculo de su propia vida. «Uno más que se queda; uno menos que vuelve», se dice a modo de adiós. Tristes son los entierros, pero ninguno como el del exiliado.

Así fue el suyo.